

El chico y el viejo

Mi vida siempre había sido aburrida, sin muchas cosas interesantes de verdad, sin aventuras o grandes historias. No tenía mucho por qué alegrarme ni algo que disfrutar. Vivo en una de las casas de adulto mayor más conocidas de la ciudad, nunca quise hacer amigos aquí, así que siempre estaba de mal humor y no hablaba con nadie.

Hasta que un día, todo eso cambió: un día de abril, un muchachito se presentó en la puerta del lugar con sus maletas y una cámara de fotos colgada en su cuello. A primera vista, el chico me pareció ruidoso y tosco, con un alto tono de voz y las constantes veces que se le caían las cosas. Se puso a hablar con una de las señoritas de la recepción, y como ya no quería ver más la escena, subí a mi habitación.

Me puse a ver la televisión y, minutos después, tocaron la puerta de mi cuarto: eran las chicas de la recepción con ese chico. Me explicaron que el muchacho era un estudiante universitario de fotografía y que iba a pasar tres meses conmigo por un proyecto. Cuando terminaron de hablar, les dije que eso no iba a pasar y que se fueran de mi habitación. Las señoritas siguieron insistiendo y yo seguía diciendo que no, hasta que se fueron.

Al día siguiente, después del desayuno, el chico se me apareció mientras volvía a mi cuarto (nunca quise hacer amigos en este lugar, así que no participaba de las actividades que se hacían). El chiquillo me siguió mientras me contaba sobre su trabajo y por qué estaba aquí, que no tenía otra opción y que por favor lo dejara acompañarme durante esos tres meses. Como ya no podía escucharlo más balbucear sobre ese trabajo, le dije que sí sin saber bien lo que estaba aceptando. Se largó todo contento; yo solo me alegré porque me dejó tranquilo y en silencio otra vez.

No volví a ver al chamaco hasta la tarde, cuando apareció en la merienda con su cámara de fotos, le pregunté para qué la tenía y me dijo, extrañado, que era para su proyecto. Él era un estudiante universitario de fotografía y su proyecto final era estar tres meses en una casa de adulto mayor documentando la vida de una persona del lugar. También, dijo que había contactado con este lugar y que yo era el único con el que se podría hacer eso. Entendí lo que me quiso decir, pero aun así no me gustaba la idea de tener a alguien con una cámara siguiéndome todo el tiempo.

Los días transcurrieron y el chico no se apartaba de mi lado. Cada vez que hacía algo "interesante" desde su punto de vista, tomaba una o más fotos. Una vez, por curiosidad, le pregunté qué tipo de fotos tomaba, él me contestó que se especializa en fotografías de contrapicado (desde abajo) en blanco y negro. Me pareció curioso, nunca había escuchado que alguien se dedicara a esa especialidad. Me di cuenta de que el chico era bastante curioso, siempre preguntaba por las cosas que no sabía y le fascinaba todo lo que era nuevo para él, se notaba que todavía era un niño.

Con el pasar de las semanas, fui entendiendo y conociendo al joven que me acompañaba. En más de una ocasión, sentí un poco de cariño hacia él, pero después me decía que estaba pensando tonterías, no iba a querer a nadie más en mi vida. El

personal del lugar a veces me hacía comentarios sobre que lo quería; yo seguía negándolo, aunque en mi interior sabía que era un poco cierto. Pero mi pasado, que me seguía atormentando, no me dejaba decirlo libremente.

Hubo una vez en la que el chico me preguntó qué me había pasado para tener esa actitud de gruñón, mala gente y antisocial todo el tiempo. Yo no quise decirle nada, así que le dije molesto que no debería estar involucrándose en las historias personales de otros y se marchó por un rato. Aunque no preguntara, se notaba que él tenía curiosidad por saber (siempre fue un muchacho muy curioso, siempre quería saber sobre las cosas nuevas), pero yo le dejé en claro que nunca lo iba a saber, que nadie lo iba a saber, porque no era algo para andar chismeando.

Cuando ya había pasado un mes y medio más o menos, tenía lo que se podría decir una relación amistosa con el chico. Con él no renegaba o estaba de mal humor, todo lo contrario, sonreía y me la pasaba bien. Estaba relajado y sin esa actitud de viejo gruñón no sociable. Era amigable con las otras personas del lugar cuando estaba con él. El cambio sorprendió a todos, incluyéndome, nunca pensé que algo así de brusco podía pasar, el personal de trabajo decía que era un “milagro”.

A los dos meses, yo ya era una persona totalmente diferente. El señor quejón, que siempre estaba de mal humor y no quería hablar con nadie, ya no existía. Ahora, era todo lo contrario: una persona amable, siempre sonriente, y habladora con todos. Al darme cuenta de este cambio tan drástico, entendí que todo era gracias al chico. Su buena actitud y ganas de ayudar a todos me abrieron los ojos de lo que era e impulsaron mis ganas de cambiar, así que decidí hacer algo que nunca pensé que tendría el valor de hacer.

Una tarde, le pedí al muchacho que fuera a mi cuarto porque quería hablar con él, como había sido el responsable de que yo pude cambiar mis actitudes. Sabía que era momento de contarle mi historia: en la ciudad en la que crecí y viví, hasta años después de casarme, hubo un gran incendio y tuve que huir. Nunca pude encontrarme con mi esposa y tuve que empezar mi vida de cero en otro lugar. Eso me quitó toda la felicidad que tenía y me privó de poder conocer gente nueva por el miedo de volver a perder a alguien importante para mí. Cuando terminé de hablar, el chico estaba con la boca abierta, me hizo muchas preguntas y yo le respondí cada una de ellas.

Sin darme cuenta, pasaron los tres meses. Un día vi maletas hechas, un cuarto ya desocupado y me di cuenta de la situación. Le agradecí por lo que había hecho y le deseé lo mejor para su vida. Lo acompañé a la puerta y vi cómo esta persona había logrado en tres meses (los mejores tres meses de mi vida), lo que yo solo, no había podido hacer en casi treinta años. Después de ese día no supe más del chico, pero las señoritas de recepción me contaron que gracias a su proyecto se graduó con honores, la sonrisa en mi cara fue de oreja a oreja.

Hania Malachowski O'Brien
Tercero de media